



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

30 – La intervención de El-Jíder

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



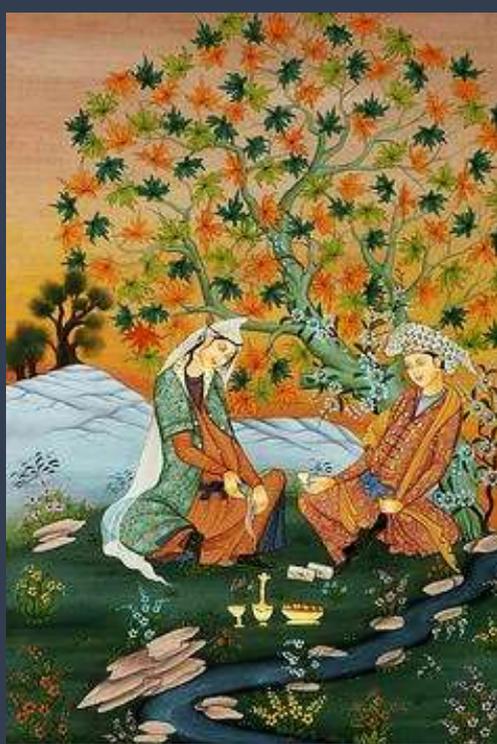
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 30 – La intervención de El-Jidr



Mientras Ibrahim caminaba errante entre las tinieblas de la inconsciencia, sintió de pronto que sobre su pecho se posaba una mano más dulce que la seda, más ligera que el algodón, y más fresca que la nieve, a la par que una misteriosa voz le decía:

– No tengas miedo, valeroso combatiente de la Fe: Dios ha decretado, en Su omnisciencia, que morirás de viejo y apaciblemente en tu lecho y bien abrigado con tu manta. Sigue guerreando por la buena causa: nada habrás de temer en la batalla, ya lo verás.

Este hombre, que había venido a visitar a Ibrahim, era el caballero sin reproche, el que alivia toda dolencia, con el permiso del Señor, y aquel que, en cualquier lugar, jamás deja de atender a los que imploran su ayuda: Nuestro Señor el Jider Abu-l-Abbâs, que la salvación sea sobre él. También hay quienes afirman que se trataba del Sayyid Ahmad El-Badawi¹:

sólo Dios es omnisciente. Así pues, Nuestro Señor el Jidr elevó su mano hacia el cielo e invocó:

– Oh, Dios mío, Tú, que conoces el secreto de todas las cosas; Tú, que haces brotar las fuentes y los arroyos; Tú, que regulas el curso de los ríos; Tú, que, gracias a Tu bondad, haces caer las lluvias en invierno y primavera; Tú, que levantas los velos de la noche y haces brillar la claridad del día; Tú, que has extendido las llanuras y levantado las montañas; Tú, que haces crecer la hierba para alimentar a todas las bestias que pacen; Tú, que has creado a todos los seres, macho y hembra; Tú, que dispensas la riqueza y la satisfacción; Tú, que das la vida y la muerte; Tú, que creas y traes al recién nacido; Tú, que colmas a Tus servidores con Tu generosidad y Tu benevolencia; Tú, que conoces los pensamientos secretos que se esconden en el corazón de los hombres; Tú, que haces salir a los muertos de sus tumbas; Tú, que tienes en Tu mano la Resurrección y el Encuentro; yo te imploro por el

¹ Uno de los santos místicos más populares en Egipto, y el más venerado; muerto en 1276 (por lo tanto, contemporáneo de Baibars). Ya ha aparecido en esta saga en otras ocasiones (*La Cabalgada de los Hijos de Ismail*).

Trono y la Estela; por el Escaño y la Pluma; a Ti, cuya compasión no se puede comparar a la de ninguna otra criatura; Oh, Tú, que eres el Señor, el Protector, el Dios de majestad, el Todopoderoso; oh, Tú, único recurso para los corazones afligidos. Yo te imploro, por el honor de Tu Profeta elegido, cuya venida anunciaron rabinos y monjes; por el que Tú has creado el universo, y cuya llegada es una señal de Tu misericordia hacia los hombres y los *Yins*. Oh, Tú, el más Clemente de los clementes; Tú, que llevas socorro a los afligidos y satisfaces las plegarias de los suplicantes: ¡posa Tu mirada de misericordia sobre Tu servidor Ibrahim, hijo de Hasan! Que la oración de Dios y Su salvación sean sobre Nuestro Señor Muhammad, sobre sus descendientes y sus compañeros.

Tras haber pronunciado esta invocación, Nuestro Señor el Jidr humedeció con su saliva las heridas de Ibrahim y las frotó suavemente con la mano: una, tras otra, sus llagas se cerraron sin dejar la menor cicatriz. Cuando hubo terminado, Ibrahim volvió en sí: su dolor se había calmado, y de su cuerpo había desaparecido toda marca. Había recibido, entre otras, una grave herida que le recorría la cara, desde la frente hasta el ojo derecho y la mejilla. Nuestro Señor el Jidr, la masajeó dulcemente con la mano; después, le escupió un poco de saliva en la órbita del ojo derecho que, desde ese día, se benefició de una visión sobrenatural, a tal punto, que era capaz de ver un objeto situado a tres horas de marcha, reconociendo a alguien, tanto de día, como de noche. Luego, El-Jidr le pasó ese colirio al ojo izquierdo, al que dotó también de las mismas extraordinarias propiedades: era capaz de distinguir el *benj* cuando estaba mezclado con la comida o la bebida, y de desenmascarar a los francos que, con perversas intenciones, simulaban haberse convertido al Islam.

– Quédate tranquilo, Ibrahim, en este momento has quedado totalmente restablecido – continuó entonces el Jidr–. Y has de saber que, aunque combatieras tú solo contra un ejército tan largo y tan ancho como el de siete días de marcha, no tendrías nada que temer: Dios ha decretado que morirás de viejo, en tu lecho.

Luego, tras recomendarle que guardara silencio sobre todo esto, el misterioso visitante desapareció en la Omnisciencia de Dios.

Cuando Ibrahim se quedó solo, se levantó de su lecho y, como estaba enteramente desnudo, zambulló inmediatamente la cabeza en la fuentecilla; se lavó y friccionó con vigor, tanto y tan bien, que su piel apareció más blanca que una almendra mondada.

Mientras tanto, Fâtme, después de abandonar a su hermano perdido el conocimiento, se encerró en el harén lanzando lúgubres lamentos:

– ¡Ah, mi pobre hermano! ¡Ay, qué dolor! ¡Eh, ancianas, venid a ver lo que le ha pasado a mi hermano Ibrahim!

Ante esas palabras, las mujeres fueron corriendo, junto con Hasan El-Horâni:

– ¿Qué sucede, Fâtme? –preguntó Hasan– Es que tu hermano...

– ¡Qué desgracia! –gimió la joven– ¡Ibrahim se ha quemado hasta la muerte con los hierros de cauterizar camellos!

Al escuchar esto, las mujeres se pusieron a gritar, y a lamentarse en un coro de plañideras; de tal modo, que las murallas de la ciudadela temblaron: se hubiera creído –¡que Dios nos proteja!– llegado el Día del Juicio. Todos se precipitaron al jardín, con Fâtmeh a la cabeza. Pero cuando ésta llegó a la fuentecilla, y vio a su hermano que salía de allí limpio y saludable, como un ser nuevo, Fâtmeh lanzó una albórbola de alegría y comenzó a gritar:

– ¡Alegraos, amigos y amados, mirad a mi hermano, el capitán Ibrahim!

– ¿Pero que es lo que le pasa? –se extrañó Hasan que, al estar detrás y alejado, no había visto aún nada. ¡Hacía un instante, su hija Fâtmeh se lamentaba de dolor, y ahora, daba gritos de alegría!

– ¡Lo que nos faltaba! –suspiró la Canosa, que estaba cerca de su marido Hasan– El pequeño ha muerto, y la pequeña se ha vuelto loca de dolor. ¡Deprisa, deprisa, Hasan, vete con ella, no vaya a arrojarse al pozo en su locura!

– ¡Sólo Dios posee la fuerza y el poder! –exclamó el viejo capitán– ¡Pues no nos quedaba más que eso!

Así que corrió rápidamente adonde Ibrahim, que, en ese momento salía tranquilamente del agua, con el cuerpo limpio y sin cicatriz alguna de las heridas.

– ¡Ah, hijo mío! ¡Estás vivo! –exclamó– ¡No me lo puedo creer! ¡Alabado sea Dios que te ha devuelto a mí como Él devolvió a José a Nuestro Señor Jacob!

Los demás, hombres y mujeres, se precipitaron a su encuentro: un ambiente de fiesta reinó en la ciudadela, los gritos de alegría y las albórbolas festivas, sonaban por todas partes. En el acto, condujeron a Ibrahim al hamâm, en donde le lavaron cuidadosamente y le masajearon; luego, vestido con ropa limpia, se instaló en el gran salón, rodeado de los notables de la ciudadela y de jóvenes guerreros. Todos querían conocer las milagrosas circunstancias de su curación; pero Ibrahim se limitó a responder:

– No hagáis demasiadas preguntas, amigos míos: yo debo mi sanación a Aquel que liberó a Job de sus pruebas y devolvió la vista a Jacob. En verdad, nadie puede salvarse hasta que Dios lo haya decretado: Él me inspiró la idea de cauterizar mis heridas, y de ese modo he podido recuperar la salud.

Mientras tanto, la fiesta había llegado al cénit; por todas partes resonaba el alegre batir de los tambores y las cornamusas. La noticia de la curación del capitán Ibrahim se extendió enseguida por toda la región, y los habitantes de las ciudadelas vecinas no tardaron en llegar para felicitarle.

Entre todos los que llegaron a visitarle, estaba su lugarteniente y protegido, Ali Ibn El-Shayyâh¹.

– ¡Loado sea Dios que te ha devuelto la salud, padrino mío! –exclamó al verle– ¡Por Dios, que ya había perdido toda esperanza de volver a verte vivo!

Por lo que se cuenta, Ibrahim pasó tres días celebrándolo en el gran salón; llenando la panza de pollos, de palomas rellenas, y de corderos, para recuperar sus fuerzas. El cuarto día, por la mañana, se llevó aparte a Ali Ibn El-Shayyâh.

– Ali, muchacho, ahora ya he recuperado la salud, y me siento en plena forma, gracias a Dios. Hoy, no tengo ganas más que de una sola cosa: montar a caballo y hacer un poco de ejercicio para ver si no me he debilitado demasiado durante mi enfermedad.

– A tus órdenes –asintió el joven.

– Pues entonces, cojamos un caballo cada uno y bajemos los dos a la llanura que hay delante de la ciudadela; romperemos unas cuantas lanzas en buena liz, y luego, nos iremos al campo a respirar aire puro.

– ¡Piedad, padrino! –exclamó Ali– ¿Tú te crees que yo doy la talla como para luchar contra ti?

– ¡Eh, que no te estoy proponiendo que luchemos a muerte! –refunfuñó Ibrahim– Sólo se trata de un pequeño entrenamiento.

– En ese caso, lo haré con gusto.

Ambos hombres se pusieron el equipo, montaron en sus cabalgaduras y descendieron a la explanada que se extendía por la parte baja de la ciudadela.

– ¡Sujétate bien, Ali! –le lanzó de pronto Ibrahim, y, más rápido que un rayo, comenzó la justa.

Ali Ibn El-Shayyâh, pronto se dio cuenta de que, su padrino, en lugar de haber perdido reflejos, las fuerzas de su adversario parecían haberse centuplicado: antes, en tales circunstancias, siempre había conseguido resistir al menos un rato a los asaltos de Ibrahim; pero, esta vez, todo lo contrario, ni siquiera le dio tiempo a maniobrar.

– ¡Párame ésta, muchacho! –gritó Ibrahim dándole un golpe con la hoja plana de su *shâkriyyeh*.

Ali levantó su escudo para pararlo, pero sintió en el brazo un choque tan violento que creyó que le había caído un rayo encima: su escudo se le cayó de las manos, y él mismo, desazonado, fue a morder el polvo.

– ¡Ay! –protestó el joven– ¡Esto no es un juego, padrino!

– Pero, chico, ¡te juro por el Nombre Supremo de Dios que ha sido un golpecillo de nada, lo justo para echarnos unas risas!

¹ Este personaje, uno de los numerosos “protegidos” de Ibrahim, no ha aparecido hasta ahora en la saga de “Baïbars”.

– ¡Pues menos mal, porque de haberme golpeado de verdad, habría pasado a mejor vida! Y, de hecho, Ibrahim había retenido su golpe. Ibn El-Shayyâh se levantó, sacudiéndose el polvo de la ropa.

– ¡Que el nombre de Dios sea sobre tu corazón por este golpecillo de nada! –le comentó con ironía– ¡Ah, qué desgracia, verte tan desmejorado por culpa de tus muchos años! ¡Hay que reconocer que vales menos que un cadáver devorado por los gusanos!

– ¡Por desgracia, Ali! –suspiró Ibrahim– ¡Si la palabra “desgracia” pudiera consolar el corazón de quien la pronuncia, yo no pronunciaría más que esa palabra durante el resto de mis días! Dime, Ali, ¿tu padrino Ibrahim es un cobarde?

– ¡A Dios no le pluga!

– ¿Un hombre sin fe?

– ¡No le plazca a Dios! ¿Pero, padrino, por qué todas esas preguntas?

– Muchacho, si tú lo sabes, es una terrible desgracia para mí, y, si lo ignoras, es un infortunio aún mayor. Dime, Ali, ¿tienes alguna duda sobre todas las fatigas que he sobrellevado para obtener la mano de Nâfileh la Indómita? ¿De las colosales sumas de dinero que he entregado a su padre? ¿Acaso en mis locos años de juventud no he robado los rebaños de las ochentaicinco ciudadelas para ofrecérselos a mi prometida como dote? Incluso, y que Dios me perdone, ¿no metí mano también en los de mi tío materno, el capitán Maarûf¹?

– Sí, es cierto –asintió Ali–: todos los ismailíes y yo mismo somos testigos de todo eso.

– Y ahora, ¡tras tantas fatigas y tanto sufrimiento, yo tengo que ver a su padre, Shâhîn de Masyât, conceder la mano de mi amada a otro, que ni siquiera es de nuestro clan! Pero no es a Shâhîn a quien yo quiero, es al otro; ¡a ese que era mi amigo y mi ahijado por el pacto de Dios, y sobre el que yo tenía los derechos de un padre! ¡a Kamel, hijo de El-Adel, el virrey de Hama! ¡Ah, mi pobre Ali, no se puede contar con nadie en este mundo: ni hermano, ni compañero, ni aliado!

Entonces, Ibrahim le contó el asunto de las tres *jaznehs* de oro enviadas por el sultán, y del matrimonio de Kamel con Nâfileh; en fin, todo lo que ya sabemos.

– ¡Por Dios, padrino! –repuso el joven– ¡solo en la hora del peligro es cuando se conoce a los verdaderos amigos! ¡Maldito sea ese granuja de Kamel, que ha tenido la desvergüenza de robarte el dinero que se te había otorgado, y que te ha robado a tu prometida! Pero ahora, ¿qué hacer? Lo mejor sería denunciarlo ante el Comendador de los creyentes para obtener la restitución de las tres *jaznehs*...

¹ Alusión a un episodio perdido (o ausente) del “Baïbars”: Ibrahim, que, en su juventud, fue renegado y expulsado por su padre, durante cierto tiempo llevó la vida de un ladrón de animales y un fuera de la ley (ver *Paladín de Doncellas*). Los ismailíes, que sufrieron de sus robos, no dejan de recordárselo, dulce o amargamente, en cualquier ocasión que venga al caso.

– ¡Qué vergüenza, Ali! –se revolvió Ibrahim– ¿Crees que tu padrino ha caído tan bajo? Llevar este asunto ante las autoridades, aportar testigos, trapacear, eso se queda para los cobardes y los incapaces: un hombre digno de ese nombre toma lo que es suyo con la punta de su espada¹. ¡Vamos, vente conmigo a Masyât, y verás de lo que es capaz tu padrino!

– ¡Ojalá Dios conserve eternamente tu valentía! –aprobó Ali.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.31 – Ibrahim se invita a la boda

¹ Esa es una regla fundamental del código de honor, todavía respetado en algunas zonas rurales. Aquí aparece la otra cara de Ibrahim: la de un campesino obtuso, testarudo, y codicioso con sus ganancias; presto a declarar una guerra antes de ceder lo que estima que le pertenece por derecho.